

Críticas – Instituto Di Tella (II)

El milagro¹

Los siameses – Poco importa si realmente Lorenzo e Ignacio nacieron pegados y una operación los separó, como a veces el libreto lo sugiere o si todo eso es falso y se trata simplemente de dos personas que viven la situación límite de un lazo sadomasoquista. Porque en su cuarta andanza escénica (precedida por *Las paredes*, *El desatino* y *Viejo matrimonio*), Griselda Gambaro tan sólo se propone narrar una parábola acerca de esa pareja eterna: el débil bondadoso y el fuerte maligno, sometido y finalmente eliminado el primero por el segundo. Parece un cuento candoroso, enhebrado con retruécanos y algunos pellizcos de absurdo; y de pronto se derrumba sobre el espectador desprevenido, una mole cruel y ominosa, cuya opresión convierte la risa en llanto, la burla en terror.

Gambaro ejecuta la transformación con la impavidez de un cirujano complacido en su destreza. Al principio todo parece sencillo: Lorenzo es apuesto, vigoroso, inocente y sensual; Ignacio es esmirriado, impotente, astuto y libidinoso. Ambos comparten una casa miserable que acaso es de Lorenzo, pero donde reina Ignacio con su mezquindad y su envidia sin pausa. El que parece más débil, todo lo quiere para sí y lo acapara, desde el afecto y las atenciones de su hermano hasta las mínimas comodidades de la casucha. Lentamente Ignacio va segregando la perfidia con la que envuelve al cándido Lorenzo: llegarán los improbables agentes de una policía disparatada, e Ignacio pergeñará una tramoya tan burda para perder a su hermano que los esbirros la creerán, puntualmente, y detendrán al acusado; Lorenzo se enamorará de la hija adolescente del panadero y querrá casarse con ella, pero Ignacio, temeroso de ser desplazado, le imitará la letra y enviará a la muchacha cartas donde copia las más caudalosas indiscreciones de las *Memorias de una princesa rusa*, con el resultado de que el panadero golpeará y echará al pretendiente de su hija; volverá la policía, y Lorenzo pasará por culpable de una falsificación de billetes que, en realidad, se debe a Ignacio.

Y así sucesivamente hasta que el final, empapado de feroz melancolía, termine por condensar toda la crueldad que ha venido reptando, entre chispazos de humor (a ratos angélico, a ratos macabro), a lo largo de *Los siameses*. Entonces se advierte que se

¹ Fuente: Primera Plana, Nº 244, Año V, 29 de agosto de 1967, pp. 99

acaba de atravesar una región infernal y que los demonios flagelados de Lorenzo son, todos ellos, sus hermanos; y que ningún espectador es inocente, que nunca más podrá volver a serlo. Tal es el poder revulsivo de esta pieza admirable, apoyada en una estructura simplísima pero maciza y en un diálogo de economía y diafanidad perfectas. La obra de un verdadero poeta, en fin.

Ya desde *El desatino* pudo reconocerse que algo nuevo y distinto acontecía en el teatro de la Argentina. *Los siameses* muestra el comienzo de la madurez de Griselda Gambaro, cuando abandona – no del todo, como se ve en los dos policías- el mundo de Kafka y se lanza a caminar sola, con sus propias piernas. Son piernas muy sólidas y que la llevarán lejos. Por lo pronto, a soslayar los monótonos territorios del realismo fotográfico e intentar la aventura que la sedujo desde su primer libro de cuentos, *Madrigal en ciudad*: reinventar lo real, hacerlo más verdadero a fuerza de hostigarlo con la imaginación, más humano y profundo cuanto más lo despoja de connotaciones pintorescas y lo persigue en los detalles más estrictamente significativos.

Por eso es que, pese a no existir ninguna precisión geográfica y a que los personajes se tratan de *tu*, nada podría ser más entrañablemente argentino que Ignacio y Lorenzo, su casa, sus pequeñas manías, sus pudores, sus reticencias, su manera de comunicarse entre sí y con los demás. Y esa enorme desolación de Ignacio cuando descubre que no siempre la supervivencia del más apto es criterio de la verdad, y que el abatimiento del más débil priva de savia también al otro, al arrogante, al urdidor de mentiras e intrigas, al asesino.

En ningún otro ámbito se mueve con más comodidad Jorge Petraglia, que en este del absurdo y de los personajes como muñecos. De ahí el desenfado con que guía a *Los siameses*, el regocijo con que anima el texto, la certeza con que elige una línea por completo antirrealista, desde la elocución hasta los desplazamientos, buscando lo insólito y una agresividad de cuento de hadas que termina con el rechinar espantoso de los dientes del ogro. El propio Petraglia interpreta a Ignacio, con el aspecto y la voz de una gallinácea destartalada, maligna, que se humaniza solamente en el llanto calcinado al final; y Roberto Villanueva reverdece sus laureles de la primer versión de *Esperando a Godot*, con una conmovedora encarnación del tierno, abúlico, inconsistente Lorenzo. En el papel riesgoso del policía que no habla sino que tabletea un aquelarre de mugidos y borborigmos, Carlos Marchi vuelve a demostrar que es uno de los cómicos más eficaces de su generación. Todos ellos, y la ajustada escenografía de Juan Carlos Distéfano, contribuyen a realzar

un espectáculo que no es solamente uno de los mejores de la temporada sino que configura un acontecimiento excepcional: la revelación de la obra argentina más trascendente que se haya escrito en la última década. Y tal vez esta limitación cronológica sea injusta (Instituto Di Tella).